

MAGDALENA (1)

por
JULES SANDEAU.

Neuvy-les-Bois, como casi todas las aldeas por donde pasa un camino real, es un horrible pueblo, muy puerco en el invierno, muy lleno de polvo en el verano, y sin misterio ni poesía en ningún tiempo. Su importancia es tan poca en efecto, que antes del día en que comienza esta narración, los indígenas no se acordaban de que jamás ningún carruaje público se hubiese parado *ante sus muros*. El destino que tanto los postillones como los mayores han mostrado siempre con esta miserable aldea, da una idea bastante pobre de la calidad de sus vinos.

Era un domingo de otoño entre la misa y las vísperas. Agrupados a la entrada del lugar, bajo los rayos de un sol de fuego que caían perpendicularmente sobre sus cabezas, los habitantes de Neuvy-les-Bois esperaban gravemente que pasara la diligencia de Limoges, acontecimiento que en los días de fiesta era su única diversión. En cuanto oían el ruido de las ruedas a lo lejos se formaban solemnemente a los dos lados del camino, y cuando la pesada máquina pasaba al trote de los caballos entre dos hileras de ojos abiertos y cuellos estendidos, y desaparecía en el ruido del camino en medio de una nube de polvo, los buenos lugareños henchidos de una dulce satisfacción se volvían tranquilamente a sus casas.

Ahora bien, el domingo en que nos hallamos, todo inducía a creer que no habría mudanza ninguna en este suceso, pero estaba sin duda escrito que Neuvy-les-Bois sería aquel día teatro de un prodigio. En efecto, la diligencia en vez de pasar como un relámpago según acostumbraba, se detuvo en medio del camino entre las dos hileras tradicionales que se habían formado para verla. A la vista de aquel espectáculo inesperado, todo Neuvy-les-Bois hubo de quedarse petrificado, sin pensar siquiera en preguntarse la causa de aquel honor insigne. Hasta los mismos perros que tenían el hábito de correr detrás del carruaje, parecían participar de la sorpresa de sus dueños, y permanecían, a su semejanza, inmóviles y mudos de estupor. Sin embargo el mayoral había echado pie a tierra, y abriendo la rotunda pronunció un Neuvy-les-Bois, con tono duro, seco, al cual bajó una joven, cuyo equipaje todo consistía en un lío que llevaba bajo el brazo. Esta joven se hallaba vestida de negro, y podría tener quince años a lo más: la palidez de su frente, su ojos quemados de llorar, su aire triste y dolorido, decían mas aun que su traje de luto. El mayoral se volvió al punto a su sitio, y la joven apenas tuvo tiempo de dirigir un adiós silencioso a sus compañeros de viaje. Cuando esta criatura se vió sola en medio de aquel camino calcinado, a la entrada de aquella pobre aldea donde nadie la conocía, sola en medio de aquellos rostros que la examinaban con una expresión de curiosidad necia y desconfiada, fué a sentarse sobre un montón de piedras, y allí, sintiendo desfallecer su corazón, echó a llorar ocultando la cabeza entre sus manos. Los campesinos continuaban mirándola con el mismo aire, sin decir una palabra y sin moverse. Felizmente, en el grupo rústico había algunas mugeres, y entre estas mugeres, una madre que media sobre su seno a un niño acabado de nacer. Esta madre se acercó a la joven afligida y permaneció algunos instantes

mirándola con cierto aire de compasión indecisa, porque bien que todo anunciase en esta joven el abandono y casi la pobreza, sin embargo la distinción natural de su persona, disimulaba de un modo singular la sencillez del traje, é inspiraba la deferencia y el respeto.

— Pobre joven, la dijo en fin; habéis perdido vuestra madre puesto que os halláis sola á vuestra edad en medio de un camino?

— Sí, señora, la he perdido, respondió la joven con una voz muy dulce, y en que se percibía un ligero acento extranjero. Ay! todo lo he perdido, todo, hasta el rincón de tierra en que nací y en donde reposan aquellos que he querido. Nada me queda en este mundo, añadió meneando tristemente su cabeza.

— El cielo os tenga en su ayuda; conozco en vuestro modo de hablar que no sois de estas tierras; sois de muy lejos, no es verdad?

— Sí, de muy lejos; cuántas veces he creído que no llegaré nunca!

— Y á donde vais?...

— Donde mi madre, antes de morir, me dijo que fuera. Me han dicho que desde Neuvy-les-Bois, se puede ir fácilmente á Valtravers.

— Vais á Valtravers?

— Sí señora.

— Al palacio?

— Sí, voy al palacio.

— No es este el camino; el mayoral os debía haber llevado hasta el lugar que hay un poco mas lejos. Sin embargo, no tenéis que andar más que unas tres leguas cortas, y acortando por el bosque podréis llegar en unas dos horas. Si queréis, mi sobrino Pedro podrá guiáros, pero hace un calor terrible, y sería capaz de apostar á que no habéis comido nada en todo el día. Venid un poco á casa; probaréis la leche de nuestras vacas, y á la caída de la tarde os podréis en camino.

— Mil gracias os doy, pero no necesito nada. Quisiera marcharme inmediatamente y si no temiera abusar de la complacencia de vuestro sobrino...

— Pedro, ven aquí, exclamó la lugareña.

Al oír esta orden dada con un tono que no admitía réplica ninguna, un muchachuelo salió de entre la muchedumbre adelantándose mohino, como un perro que sabe que le llaman para darle golpes. Perico, que toda la mañana, alimentaba la halagüeña esperanza de jugar un ratillo al chito en la plaza de la Iglesia, despues de vísperas, oyó con muy poco gusto la terminante proposición de su tía, pero esta la reiteró de tal suerte, que el muchacho tuvo por muy prudente resignarse á ella. La tía le cargó con el lío de la forastera, y luego dándole un buen empujón, le dijo:

— Toma el bosque, y cuidado con que hagas ir de prisa á tu compañera, que no tiene ni tus piés ni tus piernas.

Dicho esto, Perico marchó un poco amortazado, en tanto que Neuvy-les-Bois que ya comenzaba á volver de su estupor, se perdía en comentarios sobre los sucesos de aquel día.

Por nuestra parte creemos que Neuvy-les-Bois, ha sido llamado así por antrifrasis, porque en efecto no se ve en él ni un árbol que pueda servir de abrigo contra los vientos del Norte ó los calores del este. Todo al rededor se halla desnudo y llano, como las riberas del mar, y en las cercanías, á media legua á la redonda, no se ve ni la sombra de una encina.

— Sin embargo á medida que la joven y su guía se alejaban

del camino empolvado é iban internándose en las tierras, el paisaje tomaba insensiblemente un aspecto mas verde y risueño, hasta que al cabo de dos horas de marcha, se distinguieron los bosques de Valtravers que ondulaban en el horizonte. Perico, á pesar del encargo de su tía marchaba con rápido paso sin cuidarse mucho de su compañera: la posibilidad que entreveía de estar de vuelta á tiempo para jugar al chito daba alas á aquel picarudo. La joven aunque tenía el pié ligero, pedía gracia de cuando en cuando, pero el abominable Pedro se hacía el sordo, y seguía impávido su camino. Sin embargo, á pesar de todo, Perico veía con ojos tristes la sombra de los árboles que el sol prolongaba desmesuradamente sobre las yerbas de los prados, y no se disimulaba en su amargura que si debía llegar hasta Valtravers, ya podía despedirse de su fiesta; así, al llegar á la orilla del bosque una idea infernal pasó por su cabeza:

— Ya estamos! dijo resultantemente dejando sobre la yerba el envoltorio que llevaba al brazo. No tenéis mas que seguir esa arboleda, y todo derecho, está el palacio. En un cuarto de hora estáis allí.

Dicho esto el tunantuelo se preparaba á volver la espalda, pero un ademán de la joven le detuvo; despues de haber sacado un bolsillo que no parecía por cierto muy pesado, tomó en él una monedita de plata, que ofreció graciosamente á Periquillo dándole muchas gracias por su trabajo. Al ver aquella generosidad, tan inesperada, é aldeano sesintió turbado, vaciló un instante, y acaso iba á ceder como debía al grito de su conciencia, cuando hubo de descubrir á lo lejos en la llanura, el campanario de Neuvy-les-Bois parecido al mastil de un navío clavado en medio de la arena. Por un efecto de óptica que nos da la pasión puede explicar, creyó ver, ó acaso vió en la plaza de la Iglesia, una docena de muchachos jugando al chito, al tango y á los bolos: esta vision le decidió; tomó la moneda de plata, la guardó en su bolsillo y echó á correr á escape como si fuera perseguido por el diablo.

Apénas la joven entró bajo las ramas, cuando experimentó esa sensación de bienestar que se tendría al meterse en agua fresca despues de salir de un horno. Su primer movimiento fué dar gracias á Dios que la había sostenido y protegido en el largo viaje que había hecho, y suplicarle que la hospitalidad que iba á buscar fuese tambien un poco llevadera. Como la joven creía que el palacio se encontraba allí cerca, se sentó á descansar junto á una encina, y bien luego se rindió su ánimo los encantos de aquel bosque, porque la indulgente y buena naturaleza es amiga de todas las edades, consuela á los ancianos, y hasta las jóvenes que han perdido su madre, se ponen á sonreír con ella. Todo era allí armonía, perfumes y frescura, mas los oblicuos rayos que venían á morir á sus piés á través de las hojas, la recordaron que la noche se aproximaba. Entonces se levantó, y se puso á seguir la arboleda esperando ver de un instante á otro la fachada y las torres del palacio. Sin embargo, al cabo de poco tiempo pudo ver que aquella arboleda, que según Perico la había dicho, iba á desembocar al punto que buscaba, no daba en realidad sino á otra calle de árboles atravesada. La joven aplicó el oído para tratar de descubrir por el ruido si había alguna habitación en las cercanías, pero no oyó sino los sordos rumores que corren por las profundidades de los bosques cuando está el sol en el ocaso. Luego subió sobre un ribazo pero sin descubrir en su rededor mas que un vasto océano de verdura. Durante largo tiempo siguió caminando al acaso, hasta que al fin, cansada de andar, y deseando volver sobre sus pasos, la fué imposible reconocer

los senderos por donde había pasado. Bien que el sol no hubiese abandonado aun el horizonte, el bosque se iba llenando ya de sombra y de misterio. Los pájaros habían cesado de cantar, y principiaba el siniestro concierto de las aves nocturnas. En estos momentos sobre todo es cuando el abandono, la tristeza y la soledad agobian con su peso las almas de los infortunados. Desanimada, y muerta de fatiga, la pobre joven se dejó caer sobre la yerba, y sus lágrimas corrieron de nuevo: había desatado las cintas negras de su sombrero de paja, y en tanto que floraba, las brisas jugueteaban con su rubia cabellera dorada por un rayo de sol amortiguado.

Allí estaba hacia algunos instantes abismada en el dolor de su triste situación, cuando vió en frente de si un jinete que la miraba con el aire de asombro de una persona que no se halla habituado á tales encuentros á aquellas horas, y en aquellos lugares. La joven se levantó bruscamente mas tranquilizada al punto con la benévola mirada fija sobre ella, exclamó:

— Caballero, Dios os envía en mi socorro, si sois de estas tierras, ya debéis conocer que yo soy forastera. Hace mas de dos horas que estoy errando al acaso en este bosque sin poder salir, y sin hallar el punto á donde me dirijo; podréis hacerme el favor de indicarme el camino?

— Sin duda ninguna, respondió una voz casi tan dulce como la de la joven; pero decidme ante todo á donde vais.

— A Valtravers.

(Se continuará.)

ESTUDIOS DE PINTORES MODERNOS.

Damos aquí á nuestros lectores la vista de un estudio de artista contemporáneo para que la comparen á la del escultor florentino Bandinelli que dimos ya en nuestro tomo el año pasado. (Véanse las páginas 200 y 201 de 1850.)

La dignidad, aplicación y silencio que se nota en el primero, se halla cambiada aquí en alboroto, ligereza y ruido.

En tanto que un artista está pintando y que otro modela, los discípulos y los amigos fuman y hablan, hacen ladrar á una perrilla, tocan la guitarra ó se ejercitan en la esgrima con dos hastones. Donde ha de ir á parar la inspiración en medio de tanto ruido?

Muchas veces se ha dicho que el arte moderno carece de elevación y sobre todo de profundidad, que es el reflejo superficial de todas las preocupaciones del momento y no otra cosa; se han establecido comparaciones con las grandes escuelas de Italia, de Flandes y de España, donde el arte vivió con sus propios recursos, y por último se ha hecho notar que en aquellos tiempos la escultura y la pintura inspiraban la sociedad y la iniciaban en sus grandezas sublimes como reinas que abren sus palacios á la muchedumbre, en tanto que en el día reciben el impulso de esa misma muchedumbre, y por lo común, no hacen mas que traducir sus vulgares sensaciones del día. Despues de haber sido soberanas de la opinión, han llegado á verse avasalladas por ella.

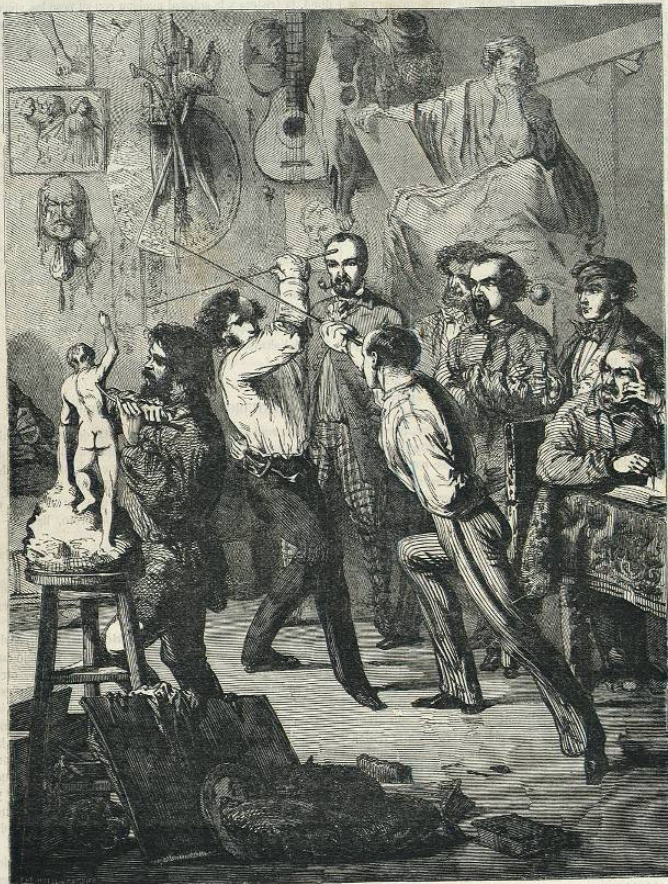
Muchas causas sin duda han contribuido á este resultado y entre ellas figura en primer lugar el cambio de costumbres tan bien demostrado en los dos interiores de estudio que nos ha parecido interesante poner en parangón en nuestra obra.

Al abrir sus estudios á los ociosos, nuestros artistas los han despojado del genio de la inspiración y respeto del vulgo. El santuario se ha vuelto un sitio público. Abierto á todo el mundo ha perdido ese carácter especial y un tanto

1 Esta obra, sobre cuyo mérito literario nada queremos anticipar á nuestros lectores, ha sido coronada por la Academia francesa.

misterioso que le aislaba en el arte, y el artista privado del recogimiento indispensable para la invención, se ha entregado a las fugitivas improvisaciones del momento, sin buscar lo que hace durables las creaciones.

El pensamiento puede nacer en medio del tumulto pero no puede ser fecundo sino en la soledad. Para penetrar profundamente en un arte se necesita consagrarse a él laboriosamente y con paciencia, y este es también el solo medio de



Interior del estudio de un artista en el siglo XIX.

llegar a la originalidad que no es otra cosa sino la expresión de nuestra más íntima personalidad. Ahora bien, para poder comunicar esta personalidad, lo primero que hay que hacer es conocerla, y para conocerla hay que haberla estudiado y meditado largo tiempo. Las relaciones demasiado

frecuentes con lo común de la sociedad, nos impiden detenernos en nosotros mismos, y además en ese roce con los espíritus vulgares pierde el nuestro su sello particular, y cae en la categoría de esa moneda menuda intelectual que corre por todas partes, pero que no puede enriquecer a nadie.

ESTUDIOS DE PINTORES MODERNOS.



Interior del estudio de un artista en el siglo XIX.

(Véase la página 167.)

MAGDALENA.

por

JULES SANDEAU.

(Véase la p. 166.)

- Al palacio?
- Sí, al palacio de Valtravers.
- No podáis dirijiros a otro mejor que á mi porque yo

II.—PARIS.—IMP. BLONDEAU.

también voy á él y si gustais, voy á tener el honor de acompañaros.

Y dicho esto, sin esperar respuesta, el ginete saltó al suelo. Era este un jóven en todo el brillo de la juventud; esbelta, elegante, con los ojos á la vez suaves y altaneros. Sus cabellos lucientes como el azabache, caían en abundantes bucles sobre sus sienes. Anudada con descuido en torno de su cuello, su corbata de seda de ravas azules, hacía resaltar el

marfil de su garganta. Una levita de color oscuro estrechaba su talle delgado y flexible; su pantalón blanco caía formidando muchos pliegues sobre una bota pequeña y ajustada, armada con una espuela brillante y sonora; el joven estaba a un tiempo sencillo y elegante.

— Es esto vuestro, señorita? le preguntó indicando con su látigo el humilde equipaje que estaba sobre la yerba.

— Sí, señor, eso es toda mi fortuna, respondió el joven sonriendo tristemente.

El joven levantó el envoltorio y le ató sólidamente a la silla de su caballo; hecho esto la ofreció el brazo y ambos se dirigieron al palacio, seguidos del hermoso y dócil animal que mordía de cuando en cuando las yerbas de otoño en los ribazos del camino.

— Así, pues, cuando os he encontrado, os hallábais perdida, y sin saber que hacer? Mil gracias doy al cielo que me ha traído aquí porque sin eso acaso habríais pasado la noche a las estrellas.

— Ya me había resignado a ello, caballero.

Y la joven le contó el chasco que le había dado Periclio.

— Periclio es un tunantuelo que merece que le corten las orejas. Con que vais a Valtravers? Entonces conocéis al dueño del palacio ó a alguna persona de la casa?

— No conozco a nadie.

— A nadie?

— Absolutamente; pero vos sin duda le conocéis al dueño del palacio?

— Sí, nos conocemos desde hace mucho tiempo.

— Dicen que es muy bueno y muy caritativo.

— Oh! mucho, replicó el joven que pensó que se trataba de alguna limosna; pero después que echó rápidamente una mirada a su compañero, rechazó lejos de sí tal idea, conociendo que aquella joven no podía pretender eso en el palacio.

— Señorita, añadió gravemente, la persona de quien habíais poseído el corazón mas noble que puede haber bajo la bóveda de los cielos.

— Ya lo sabía; sin embargo, me alegro oírlo repetir de nuevo. Y al niño Mauricio, le conocéis también?

— Qué niño Mauricio, señorita?

— El hijo del dueño del palacio.

— Ah! exclamó el joven sonriendo, ya lo creo que conozco a Mauricio.

— Y promete ser un día tan bueno y generoso como su padre?

— Quién sabe! En la comarca pasa generalmente por un pobre diablo. No soy yo quien hablará mal de él.

— Siento que voy á querrelle como á un hermano.

— Pues por mi parte puedo aseguraros que tendrá un gran placer en conoceros.

En este instante llegaron a una plazoleta, y detras de los muros de un parque, cuyas verjas daban al bosque, descubrieron un bonito palacio cuyas ventanas todas resplandecían con los últimos rayos del sol en el ocaso.

II.

Aquella misma tarde á la misma hora, el anciano caballero de Valtravers estaba sentado en el peristilo de su palacio, en compañía de la anciana marquesa de Fresnes, cuyo castillo cercano se distinguía en el fondo del valle y á través del ramaje verde aun de los álamos de las riberas del Vienne. Ambos hablaban gozosamente de los días pasa-

dos, porque en la edad en que los dos tenían la vida no tiene otro sosten que ese pálido y dulce reflejo que se llama recuerdo.

La intimidad de la marquesa y del caballero databa de remotos tiempos. A los primeros indicios de la ruina de la marquesa, el marqués de Fresnes había juzgado conveniente el retirarse con su mujer a las orillas del Rhin, aunque no fuese mas que para protestar contra aquello que pasaba en Francia y M. de Valtravers se había decidido á acompañarlos para dar al trono de San Luis un testimonio auténtico de cariño y de respeto. Sabido es lo que sucedió entonces en aquel largo y cruel destierro. Nuestros tres compañeros se prometieron al salir de Francia que volverían tan pronto que apenas se llevaran consigo lo suficiente para vivir un año en el suelo extranjero. Apurados todos los recursos, después de haber vendido los diamantes y de haber reducido las joyas á moneda, debieron marcharse á Nuremberg, donde se instalaron pobremente, pues no se trataba mas que de vivir. Los señores de Fresnes y Valtravers no estaban acostumbrados al trabajo, y sucedió lo que sucede siempre que la mujer debió dar el ejemplo de la resignación y la energía. — Trabaja-

járemos para comer, respondió sencillamente madama de Fresnes, á los dos amigos que se preguntaban cuál era el partido que debían tomar. En efecto, esta señora pintaba bastante bien en miniatura, y se puso desde luego á dar lecciones y á hacer retratos: su belleza, su gracia y su infortunio, mas aun que su talento, la valieron en poco tiempo muy buenas y productivas relaciones. Los dos nobles que habían comenzado por decretar que la marquesa descendía á un papel indigno de su rango, concluyeron por convenir en que lo iban pasando bastante bien sin hacer nada y que en último resultado á la marquesa había que agradecerse. El marqués estaba tranquilo enteramente, pero M. de Valtravers hubo de comprender que su inacción podía pasar por el efecto de un orgullo y una dignidad mal entendidos. Ahora bien, qué empleo podían hallar sus facultades, ó sus ociosos brazos? Tuvo la idea de enseñar el francés, pero como se hubiese visto para ello en la previa necesidad de aprenderlo, no siguió adelante en su proyecto. Después de darle muchas vueltas y de pensarlo mucho, el caballero hubo de confesar humildemente que no le quedaba otro partido que tomar que el ir á buscar la muerte en el ejército de Condé. En efecto, preparóse seriamente á ello, pero sin entusiasmo, cuando un día que erraba con tristeza por las calles se detuvo maquinalmente delante de una tienda, donde se veían una porción de juguetes de madera, delicias de la infancia de Nuremberg. Para un noble emigrado sin fortuna parecía que en aquel espectáculo no debía haber nada que exaltase su imaginación, y sin embargo sucedió que después de algunos minutos de silenciosa contemplación, M. de Valtravers experimentó algo semejante á lo que hubo de sentir Cristóbal Colon cuando vió salir del seno del Océano las fibras del Nuevo Mundo.

Valtravers había nacido en 1760. Ahora bien, gracias al *Emilio* de Rousseau, fué moda en aquel tiempo entre las clases mas elevadas de la sociedad francesa, el completar la educación con el aprendizaje de un oficio cualquiera. El ejemplo venía de muy alto: en 1780 el rey de Francia era lo que se llama un buen cerrajero: todo gran señor debíase saber un arte mecánico, así como las grandes señoras debían alimentarse á sus hijos por sí mismas. Generalmente hablando, todo esto se practicaba porque era moda, sin prevision y sin formalidad ninguna: los hombres jugaban al trabajo y las mujeres á la maternidad; estas se prestaban al capri-

cho del día, mas bien que á lo que dicta la naturaleza, y aquellos no sospechaban, al manejar la lima ó el cepillo, que se iba acercando el hora en que los hijos de familia tendrían que vivir con el trabajo de sus manos.

A la vista de aquellos cachibaches, ante los cuales le había conducido el acaso ó bien el instinto de una misteriosa vocación, M. de Valtravers se acordó que sabía labrar el ébano y el marfil. En efecto tres meses después pasaba por el Bevenuto Cellini de Nuremberg, en cuanto al torneo de las piezas de carpintería. El hecho es que en menos de tres meses logró hacer maravillas con la madera. Sus trompos eran muy estimados, pero donde descoollaba era en los cascanees que por su delicadeza de trabajo pasaban por obras maestras; tambien los hacia de marfil que se compraban como preciosas joyas. La moda vino en su ayuda y como las miniaturas de madama de Fresnes gozaban ya de una reputación muy bien establecida, sucedió que durante dos años, no hubo en la antigua ciudad alemana una persona bien nacida que no sirviese de modelo á la marquesa, ni que llegase á partir una avellana sin la intervención del emigrado francés.

Sin embargo, muy diferentes en esto á ciertas jentes, nuestros dos artistas no se enorgullecían con estas glorias, y si publicamente daban a sus talentos un alto precio, solos en la intimidad, no se felicitaban de ello. Después de haber trabajado cada uno por su lado, se veían de noche, y entonces principiaban las escenas curiosas, cuando la una presentaba en su cabalete la rubicunda faz de algun grueso nurembergense, mientras el otro sacaba de su bolsa una media docena de cascanees fabricados del ébano. Ambos se reían como unos niños, sin notar que aquella alegría se les debían al trabajo, al trabajo que les hacia mejores y mas felices que lo habían sido en los pasados tiempos de sus prosperidades. En cuanto al marqués, éste seguía en la persuasión de que el ganar la vida solo la canalla debe hacerlo, y que un noble que se respeta debe saber morir como un senador romano, mas bien que descender al nivel del populacho, trabajando. Sordamente estaba incomodado con su mujer, despreciaba soberanamente al caballero y no se mordía la lengua para manifestárselo. Lo que le exasperaba sobre todo, era el hallarlos ocupados todo el día y de muy buen humor, en tanto que el se moría literalmente de ese profundo fastidio que acarrea siempre la inacción. Sin embargo el marqués, aunque seguía respetándose, comía con el mayor apetito, se arreglaba sin escrúpulo ninguno á los beneficios de la asociación, mostrándose en muchas cosas tan pueril y aun acaso mas exigente que si hubiese estado en su palacio á las orillas del Vienne. A la hora de la comida, cuando estaban reunidos los tres, era cuando el caballero exhalaba gustoso sus quejas de mal humor.

— Pero marqués, exclamaba á veces el caballero, donde estaríais ahora sin las miniaturas de la marquesa?

— Y sin los cascanees de vuestro amigo? añadía riendo la marquesa.

M. de Fresnes se encogía de hombros, hablaba de quemar sus pergaminos, suplicaba á sus antepasados que perdonaesen á su mujer, y se quejaba de no tener en su mesa buen vino de Burdeos.

Madama de Fresnes y M. de Valtravers, cuando conocieron que tenían asegurado el bienestar doméstico, obedecieron á un sentimiento mas desinteresado y poético que se iba desarrollando en ellos insensiblemente, sin saberlo. Ambos habían pasado poco á poco los límites que conducen del oficio al arte, como la escala de Jacob que subía de la tierra al

cielo. La marquesa principió á hacer copias en pequeño de los cuadros de maestros antiguos, y tan bien salió con su empresa que la jente se disputaba ansiosa sus miniaturas tomadas de Holbein y de Alberto Dureró. Por su parte el caballero se entregó y se aventuró en la escultura de maderas, y tanto sobresalió que se volvió en este género uno de los artistas mas eminentes de Alemania. Aun se enseña en el día en la catedral de Nuremberg un púlpito obra suya. Los ornatos, perfectamente ejecutados, no son todos ellos de un gusto irreprochable, pero la escultura principal que representa á San Juan predicando en el desierto, es una de las mas bellas que hay en Alemania, y podría ponerse en parangon con los artesonados esculpidos que se ven en Venecia en la iglesia de *San Giorgio Maggiore*.

El arte, ademas de los gozes que procura, por humilde y modesto que sea, eleva siempre el corazón, engrandece el espíritu y abre al pensamiento horizontes mas anchos y serenos. Esto es lo que les sucedió á la marquesa y al caballero: ambos llegaron poco á poco á romper enteramente el círculo de las ideas mezquinas en que su nacimiento y su educación los había tenido hasta entonces encerrados. Los dos reconocieron la aristocracia del trabajo y de la inteligencia, y como dos mariposas escapadas de la crisalide, salieron de su cárcel estrecha y limitada para entrar triunfantes en la gran familia humana. Entre tanto el marqués, devorado por el tedio y el fastidio, continuaba consumiendo sus días en deseos impotentes y estériles sentimientos, hasta que llegó una hora en que devolvió su alma al criador; su mujer y su amigo le lloraron como á un hijo.

Algunos meses después, en 1802, á la llamada del primer consul, pasaron el Rhin y volvieron alegremente á su patria que estaba ya regenerada como ellos. Hacia mucho tiempo que ambos habían llegado á comprender y habían aceptado en fin las nuevas glorias de la Francia, y al poner el pié en este suelo heroico, sus corazones se estrechecieron, y dulces lágrimas corrieron de sus ojos. Como la mejor parte de sus dominios era propiedad nacional, obtuvieron facilmente el permiso de volver á sus casas, y los años de destierro que habían pasado fueron para ellos un largo sueño; únicamente á su vuelta se habían despertado jóvenes, después de haberse dormido casi decrepitos. Apenas había entrado en posesion del castillo de sus padres, el caballero se apresuró á llamar á su lado á una hermosa y casta criatura á quien había amado en Alemania y con quien se casó; pero esta murió en breve dejándole un hijo para consuelo. Este niño pasó su infancia entre su padre y madama de Fresnes, que se consagraron á cuidarle esclusivamente y continuaron viviendo filosóficamente en su retiro haciendo mucho bien, ocupados sus ratos de ocio, extraños á toda ambición y sordos á los rumores del mundo. De todos los hábitos del trabajo es á la vez el mas raro y el mas imperioso: la marquesa seguía pintando como en el extranjero, en tanto que el caballero se levantaba por las mañanas con el alba, y trabajaba el nogal y el ébano como en otros tiempos. La lectura, el paseo, las delicias de una intimidad cuyo encanto no había envejecido, y la educación del joven Mauricio, absorbían el resto de sus días, siempre cortos cuando se trabaja y cuando el corazón ama tambien un poco.

III.

Una tarde, pues, sentados el uno junto el otro, estos antiguos compañeros se complacían en recordar los días que

habían pasado juntos, cuando descubrieron por una calle de árboles, á los dos jóvenes que hemos dejado ya junto á la verja. Cuando la joven llegó al peristilo, subió los escalones lentamente con aire grave y un tanto conmovido. La marquesa y el caballero se habían levantado para recibirlo.

La joven sacó de su pecho una carta que besó primero respetuosamente, y que entregó enseguida á M. de Valtravers, el cual examinaba con un sentimiento de benévola curiosidad á aquella joven á quien veía por la vez primera. El viejo noble abrió la carta y la leyó. En pie, con sus delgados brazos puestos sobre su pecho, serena en su dolor, digna en su humildad, la joven permanecía con los ojos bajos mientras madama de Fresnes la miraba observándola con el mayor interés, y mientras el joven que la había traído presenciaba á algunos pasos de distancia aquella silenciosa é interesante escena.

Munich 43 de julio de 48...

« Próxima á abandonar el mundo, en frente de la eternidad que bien luego debe comenzar para mí, no dirijo mis últimas miradas hacia el cielo, sino hacia la Francia, hacia vos, hermano mío, á quien tengo mis brazos suplicantes en nombre de la que fué mi hermana y la esposa que elegisteis vos. Ah! Mucho ha padecido esta casa que tan próspera conocisteis en otros tiempos! A dónde fueron las alegrías de aquel hogar doméstico donde vinisteis á sentaros mas de una vez? La tumba encierra ya á todos los míos. Mi marido no ha podido sobrevivir á su fortuna, y yo también, desgraciada de mí, siento también que voy á morir luego. Muero, y soy madre, lo que es morir dos veces, oh Dios mío! Cuando leáis estos renglones, único tesoro, única herencia, que dejaré en el mundo, mi hija no tendrá mas apoyo que vos sobre la tierra; cuando tengáis en vuestras manos este papel humedecido por mis lágrimas, mi hija estará en vuestra presencia, sola, despues de un largo viaje, quebrantada de dolores y de cansancio, sin otro amparo que vuestro techo, sin otro apoyo que vuestro corazón. Oh! Por el dulce lazo que tan caro os fué, y que la muerte no ha roto aun sin duda, por aquella Alemania tan hospitalaria para vos y que fué largo tiempo vuestra patria, por mi familia, que también lo es vuestra, por la adorable criatura que os llama por mi voz en esta carta, no rechazéis á mi hija infortunada! Recoged y abrigad en vuestro seno á la pobre paloma caída de su nido. Y tú, á quien no conozco, pero á quien he confundido siempre con mi hija en un sentimiento de ternura y de amor, tú, hijo de mi hermana, si tu madre te ha dado su alma, serás bueno y también fraternal para mi amada Magdalena. Protégela, cuida de ella cuando tu padre no exista, y no olvides nunca que la huérfana que el cielo nos envía se vuelve á veces el ángel tutelar de la casa que se ha abierto para ella. »

— Ven, hija mía, ven á mis brazos! exclamó el caballero cuando hubo acabado de leer la carta; bien venida seas, hija mía, bajo el techo de tu anciano tío. Sin la triste causa que te trae, bendeciría mil veces esta hora y tu llegada sería para nosotros una fiesta. Marquesa, es mi sobrina, añadió estrechando en sus dos manos la cabeza juvenil de Magdalena; Mauricio, es tu prima, es una hermana que viene del país de tu madre.

La huérfana pasó de los brazos de su tío á los de la marquesa. Madama de Fresnes había perdido una hija única cuando estaba en la flor de la juventud, á la edad poco mas ó menos de Magdalena, y todos los infortunados que han debido sufrir esta horrible desgracia, las madres sobre todo, tienen una inclinación irresistible á encontrar señales visi-

bles y palpables entre el hijo que les llevó la muerte y todos los que siguen viendo en su vida; tiernas ilusiones del amor y del dolor que transforman todos los rostros frescos é inocentes en otros tantos retratos vivos del ser adorado y perdido ya! La marquesa se sintió conmovida con una simpatía natural hacia aquella blanca criatura que acababa de aparecersele como una imagen de su hija. Magdalena tenía los mismos ojos y la misma mirada, la misma expresión sencilla y triste particular á las personas que han sufrido.

Dispuesta de este modo á la primera vista, ya puede juzgarse si madama de Fresnes con su genio y aquella naturaleza generosa con que el cielo la dotara, acogiera con entusiasmo á la tierna extranjera. Apretóla contra su seno, la prodigó los nombres mas tiernos y la cubrió de caricias y de besos. El joven también tuvo su turno.

— Cómo! Erais vos, primo mío, le dijo sonriendo á través de sus lágrimas. Erais vos el niño Mauricio! Me había figurado que seriais una criatura de mi edad.

Mauricio la besó cordialmente; apenas había podido nunca imaginarse la posibilidad de tener una prima.

Sin embargo el caballero daba sus órdenes y á cada uno de sus viejos criados le decía:

— Ya tenemos en la familia uno mas.

Si aquella tarde pudo ver la acogida que había recibido su hija en Valtravers, la madre de nuestra heroína debió encontrarse en el cielo contenta y satisfecha.

La venida de Magdalena no cambió en nada la vida que se llevaba en el palacio. Magdalena era una muchacha piadosa, sencilla, modesta y ya grave y formal, que trataba de ocupar siempre el último puesto, y que pasaba la mayor parte del tiempo silenciosa, inclinada la cabeza sobre su labor. En pocos dias supo ganarse el cariño de todos los de la casa por su dulzura y bondad. En cuanto á su fisonomía, nada nos es lícito decir: Magdalena se hallaba en esa edad ingrata en que ya se acabaron las gracias de la infancia sin haber despuntado aun las de la juventud. Magdalena no puede decirse que era hermosa, y apenas podríamos afirmar que prometía serlo. Antes de pronunciar un fallo sobre este punto, es prudente siempre esperar un poco, tanto mas cuanto que en ese periodo de transición se efectúa seguramente en la mujer un trabajo misterioso al cabo del cual la fealdad se transfigura así como otras veces se aja la flor de una belleza aparecida con demasiada prontitud. Tal como era, la marquesa y el caballero la querían con un tierno amor, y Magdalena pasaba su vida entre las dos habitaciones vecinas, que á decir verdad no hacían mas que una.

(Se continuará)

HONORATO FRAGONARD.

En las pocas líneas que hemos escrito ya relativas á Honorato Fragonard al hablar de su *Fuente del Amor*, quisimos dar una idea clara aunque sucinta, de la vida entera de este pintor, así como de los diferentes estilos que ha seguido.

Hoy entraremos en pormenores mas circunstanciados sobre las dos composiciones de Fragonard que presentamos á nuestros lectores.

La *Fuente del Amor* fué hecha muchos años ántes que la *Cuna*, y reflexionando un poco en las grandes cambios que ocurrieron en la nación francesa, desde Luis XV hasta Luis XVI, podrá conocerse facilmente la época precisa en que nacieron cada una de estas dos composiciones. Es evidente que la *Fuente del Amor*, fué pintada bajo el reinado de

Luis XV, cuando todo estaba sujeto á la galantería, cuando las cortesanas, sentadas en las gradas del trono y á veces en el trono mismo, se dignaban proteger las artes y pedían composiciones á los artistas... Y qué otras podían pedir sino *Fuentes del Amor*, ó cosas análogas, en donde el amor que les habla hecho casi reinas, debía descolgar entre todo.

Mucho mas afortunado que Boucher, Fragonard supo al menos dar á sus alegorías eróticas un buen dibujo y hermosos colores y sobre todo la vida y la realidad que fallaron con mucha frecuencia en el pintor eterno de las escenas pastorales.

Cuando estaba en todo su apogeo la filosofía del siglo XVIII, cuando dió Diderot sus dramas *bourgeois*, cuando



La Cuna.

vió la luz pública el *Emilio* de J.-J. Rousseau, y por último cuando Greuze inspirado por estos dos escritores por el primero sobre todo, mostró al público una serie de pinturas cuyos asuntos estaban sacados todos de la vida interior é íntima de la familia en su parte mas suave ó mas dramática, entonces se acabaron ya todas aquellas escenas amorosas reales ó alegóricas, tan bien miradas por toda la generacion que acababa de distinguirse ó que dejaba el puesto en aquel mismo instante á la juventud que iba entrando en el mundo, con una predilección marcada hacia las severas costumbres de Roma y de Sparta que ya se estaba disponiendo á imi-

tar, que bien luego debía dejar atras muchas veces, y que muchas otras debía también parodiar.

En aquel tiempo fué cuando Fragonard pintó la *Madre Feliz*, la *Fecundidad dichosa* la *Cuna* y otras escenas de la vida modesta y del hogar de la familia. En este nuevo género se lució también. Como ya hemos dicho, su genio se prestaba á todo, y el que quiera estudiar atentamente las infinitas bellezas de la *Cuna* se convencerá facilmente de que Fragonard sentía y comprendía hasta lo sumo esta clase de asuntos.

J. J. ARNOUX.

POESIA DEVOTA.

ORACIONES PARA LA CONFESION Y COMUNION

SACADAS DEL

DEVOCIONARIO POÉTICO.

I.

ANTES DE LA CONFESION.

Héme, Señor, á tus divinas plantas
Baja la frente y de rubor cubierta,
Porque mis culpas, ¡ay de mí! son tantas
Que tengo miedo á tus miradas santas,
Y el pecho mío á respirar no acierta.
Yo del vicio entregado al desvarío;
Tú de toda virtud excesa fuente;
Yo criminal y vil; tú santo y pio....
¿Cómo es posible, oh Dios, oh padre mío,
Que oes á tu vista levantar la frente?

Mas ¡ay! que renunciar la lumbré hermosa
De esos divinos regalados ojos,
es condenarme á noche tenebrosa;
Y esa noche es horrible, es espantosa,
Para el que gime ante tus pies de hinojos.

Dame licencia ya, padre adorado,
Para mirarte y moderar mi miedo!
Mas no te muestras de esplendor cercado....
Muéstrate, padre mío, en cruz clavado,
Porque solo en la cruz mirarte puedo.

¡En la cruz, en la cruz! ¡oh suspirada
Señal de redención! Ya en tanta pena
Mi vista en el madero está clavada:
Ya hee me parece en tu mirrada
Que el que muere por tí no se condena.

Mi culpa, santo Dios, es horrosa;
Pero aunque tantos son mis deseciertos,
¿Cómo dudar de tu clemencia hermosa,
Cuando te veo en esa cruz piadosa,
Ambos los brazos á estrecharme abiertos?

Yo con los míos tu amante hee
Tu pecho al mío apretaré con triño,
Y vida y alma te daré en mi abrazo;
Y lloraré, Señor, en tu regazo
Hasta lavar mi criminal delito.

¡Clavos que te tensen! ¡Corona espesa
Que oíes con dolor su angustia frente!
¡Cruz dé tu sangre de correr no cesal
Vosotros escuchais que hago promesa
De reformar mi vida delincuente.

¡Sedme de ella testigos, oh instrumentos
De la sacra pasión! pero entronio,
Elevad á mi Dios estos lamentos
Como en abogados, ligubros acentos
Perdon le pido derramando llanto.

¡Piedad, Señor, piedad! Senda estraviada
Fué la mia hasta aquí; mas ya la oveja
Vuelve al redil que abandoné culpada:
No te niegues, Señor, á darle entrada
Cuando te llama con doliente queja.

Si me desechas tú, padre amoroso,
¡A quién acudiré que me reciba?
Tú al pecador dijiste generoso
Que no quieres su muerte, ¡oh Dios piadoso!
Sino que flore, y se convierta y viva.

Cumple en mí la palabra que me has dado,
Y escucha el ansia de mi alma profundo;
No te acuerdes, Señor, de mi pecado:
Piensa tan solo que en la cruz clavado
Eres, Dios mío, el Redentor del mundo.

II.

DESPUES DE LA CONFESION.

Ya doliente, Señor, la lengua mia
Te ha confesado mi maldad extraña:

Ya mi pecho lanzó la carga impla
Del pecado cruel que le oprima
Como pesada altísima montaña.
¡Oh, cómo es cierto que se silvia el triste
Contando penas y vertiendo llanto!
Por eso, cuando al hombre redimito,
La confesion por bálsamo le diste,
Y la «levaste á Sacramento santo.

Mas ¡ay! que si con nuevo desatino
Por la senda del mal la planta llevo,
En vano el alma á descargarse vino,
Que volver á dejar el buen camino
Es condenarse, eterno Dios, de nuevo.

Yo sé bien que mi culpa has perdonado,
Porque el dolor que siento me lo dice,
Y me lo dices tú crucificado:
¡Pero que es el perdon hoy alcanzado,
Si mañana al error vuelvo infelice?

Ten de mí compasion, Dios infinito;
Y peca la vida abandonar pasada
Con pecho ya te prometí con triño,
Dame la gracia tú que necesito,
Para cumplirte la palabra dada.

Porque yo sin tu auxilio sobrado,
Buen Jesús, nada soy; y aunque anhelante
Pretenda el bien obrar, es todo en vano,
Si tu divina omnipotente mano
Me abandona, Señor, un solo instante.

Imprime en mis entrañas, Dios eterno,
El temor saludable de ofenderte,
No porque existe el espantoso averno,
Sino porque eres tú mi Padre tierno,
Y por serlo no mas, debo quererte.

Dame vencer la fuerza prodigiosa
De la fiera pasión que me domina,
Que es segura mi muerte ignominiosa
Si del vicio cruel que mas me acoosa
No me defiendo tu bondad divina.

Har que muero á los brillos seductores
Que en robarme á tu amor el mundo emplea
Busque solo en tu cruz mis respaldores,
Y pensar en el Dios de mis amores
Mi única gloria y mi delicia sea.

Infunde poderoso en la alma mia
De tu celeste capitulo los dones,
Y si esto alcanzo de tu mano pia,
Cantaré tu alabanza noche y dia,
Y diré tu bondad á las naciones.

Porque tú eres mi Dios, y de tus leyes
Raseñaré á los hombres el camino
Sin distincion de súbditos ó reyes,
Y escucharé las humanas greyes
El bien decires que de tí me vino.

Y los buenos, Señor, en sus virtudes
Se afirmarán mejor cuando lo sepan,
Y templarán sus harpas y laudes,
Y cantarán tus almas celestidades
Con cuantos bríos en sus fuerzas quepan.

Y los malos en mí verán pasados
De tu clemencia el venturoso ejemplo,
Y llorarán sus crímenes pasados,
Y correrán, Señor, apresurados
Á arrojarse en tu sagrado templo.

¡Será tu bondad enaltecida
Por cuanto el sol con sus fulgores dora,
Porque eres Dios de paz y Dios de vida,
Y tu gracia jamás niegas cumplida
Al que tu auxilio y tu favor implora.

III.

ANTES DE LA COMUNION.

Como en su sed ardiente
Ansía, Señor, el cliente
Las aguas de la fuente,
Buscando con los ojos tristemente
Raudal que calme su dolor acerbó:

Tal el ánima mia,
De sed mortificada
Un día y otro día,
La fuente anhela que desate pia
Mi triste lengua al paladar pegada.
Tú, que en el arco esto
Haces bajar al prado
La lluvia y el rocío,
¿Negarás á tu siervo, Padre mío,
El refrigerio en su dolor ansiado?
¡Oh Sacramento augusto
Que divinal te ofresces
Al hambre y sed del justo,
Y misterioso á la vision y al gusto
De la espiga y la vid fruto pareces!

Tu de mi triste pecho
Mitigarás dichoso
El afamar deshecho.
Y á la llaga que en el sed ha becho
Cura serás, y bálsamo amoroso.

Mas tiembra, ánima mia,
Que en el raudal preciado
Que Dios al justo envía,
La muerte haya quien beberlo ansia
Con labio impuro ó corazón manchado

Pecho de culpa exento,
Sin sombra la mas leve,
Exige el sacramento;
Pecho que al limpio azul del firmamento
Y alampo escoba de la blanca nieve.

¡Es el mio, Dios santo,
Tan cándido y tan puro,
Que gracias á mí llanto,
Morada ofrezca á sacramento tanto
Donde de ultraje esté libre y seguro?

Yo, Señor, tanta lumbré
A mirar no me atrevo
Sin ansia y pesadumbre,
Porque ignoro si en fe de costumbre
Lloré mi culpa y delinquí de nuevo.

Mas si el pasado implio
Manché, sin yo notario,
De nuevo el pecho mio,
Conócetelo, Señor, en mi estravio
Nuevas lágrimas tú para llorarle.

Yo verteré mi lloro
Mientras de mí lo exija
La voluntad que adoro,
Hasta que el puro celestial tesoro
El pecho mio por albergue elija.

Tú Dios del firmamento,
Que ves vagar sin calma
Pronuncia en mi favor un solo acento,
Solo un acento, y sanarás mi alma!

Yo sé que el pecho indigno
No puede albergar darte
De tu grandeza digno;
Pero suene tu voz, Padre benigno,
¡Suene! y podrás en él aposentarte.

¡Es ella! ¡Oh me ha engañado
Mi desee ferviente?
No, no me has fascinado!
¡La palabra de Dios ha resonado.
¡Llega, alma mia, acércate á la fuente!

En ella el pan de vida
Se brinda al pecho justo:
Ella á tu sed conviértela
Con la sangre de Dios por tí vertida.
¡Llega alma mia al sacramento augusto!

IV.

DESPUES DE LA COMUNION.

¿Qué regalada calma
Por mi pecho se esparce deliciosa?
¿Qué ventura inmortal, dulce, amorosa,
De inefable placer inunada al alma?

¡Huye, pecado implio!
¡Huye bramando al espantoso averno,
Que está lleno de Dios el pecho mio!
Su Providencia santa
A su imágen crióme en alta suerte,
Y tras librarme de la eterna muerte
Hoy del polvo á los cielos me levanta.
¡Huye pecado implio!

¡Huye bramando al espantoso averno,
Que está lleno de Dios el pecho mio!
El cuerpo de mi amado
Dentro del mio está dándome vida,
Y el raudal de su sangre esclarecida
Al raudal de mi sangre se ha juntado.
¡Huye pecado implio!

¡Huye bramando al espantoso averno,
Que está lleno de Dios el pecho mio!
De hoy mas mi solo anhelo
Será del vicio detestar el dolo,
Buscando alegre en mi Jesús tan solo
Mi placer, mi delicia y mi consuelo.

¡Huye, pecado implio!
¡Huye bramando al espantoso averno,
Que está lleno de Dios el pecho mio!
¡Oh, si en este instante
Tanta mi dicha y mi ventura fuera,
Que á mí Señor unido, en el muriera
Sin temor de perderle en adelante!

¡Huye pecado implio!
¡Huye bramando al espantoso averno,
Que está lleno de Dios el pecho mio!
Tú de mi vida el plano
Cual te agrada, Señor, corta ó dilata:
Mas no permitas que la culpa ingrata
De mi celeste union desate el lazo.

¡Huye pecado implio!
¡Huye bramando al espantoso averno,
Que está lleno de Dios el pecho mio!

MIGUEL AGUSTIN PRINCEPE.

LA TORTA DEL DIA DE REYES.

«Las almas sencillas, no pueden ménos de enternecerse con el recuerdo de esas horas de alegría en que las familias se reunían en torno de las tortas que retrabajaban los presentes de los reyes magos. El abuelo retrado durante el resto del año en el fondo de su aposento, volvía á aparecer en aquel día como la divinidad del hogar paterno. Sus nietos, que desde hace mucho tiempo no pensaban sino en la deseada fiesta le rodeaban por todas partes y le rejuvenecían con su juventud. Todas las frentes respiraban la alegría, los corazones se ensanchaban, la mesa del festín se adornaba maravillosamente y cada cual estrenaba un vestido nuevo. Al ruido del choque de los vasos y en medio de las carcajadas, se hacían soberanos con esas coronas que no costaban ni cuidados ni lágrimas. A veces, una trampa, que redoblaba la alegría de los súbditos y no escitaba mas que las quejas de la reina, hacía caer la fortuna en la hija de la casa y en el hijo del vecino que acababa de llegar del ejército. Los jóvenes se sonrojaban, con el peso de sus coronas, las madres se sonreían, y el abuelo brindaba á la nueva reina... Estas escenas se repetían en toda la cristiandad desde el primer palacio hasta la última choza...»

Esta descripción tomada del *Genio del Cristianismo* de Chateaubriand parece haber sido escrita para el cuadro de Greuze. En él se encuentran todos los pormenores indicados por el escritor; el abuelo, los nietos, la madre, y hasta si se

quiere, el joven vecino sentado junto a las dos jóvenes esperando con ansiedad el resultado de la suerte que debe darle el derecho de elegir una reina.

Bien que la fiesta de la torta del día de reyes no se celebre ya mucho en el día, sin embargo la costumbre se conserva intacta en las aldeas y en los pueblos de las provincias donde los usos antiguos resisten mucho mas tiempo a la acción de la moda y a los cambios que esta trae consigo. Por consiguiente este aniversario sigue dando margen como antes a las reuniones de familia donde el acaso, elije el rey *del hava*.



La torta del día de Reyes. — Dibujo copiado de Greuze.

so a que podía dar lugar esta fiesta. En Cambridge existía un poema manuscrito de Tomas Neagorgus del cual vamos a citar algunos pasajes, relativos al asunto que nos ocupa.

«Llega por fin el hermoso día de esos reyes magos, que guiados por una estrella vinieron de la Persia para ofrecer sus dones al Cristo recién nacido. Por todas partes se ha hablado de esos tres reyes.

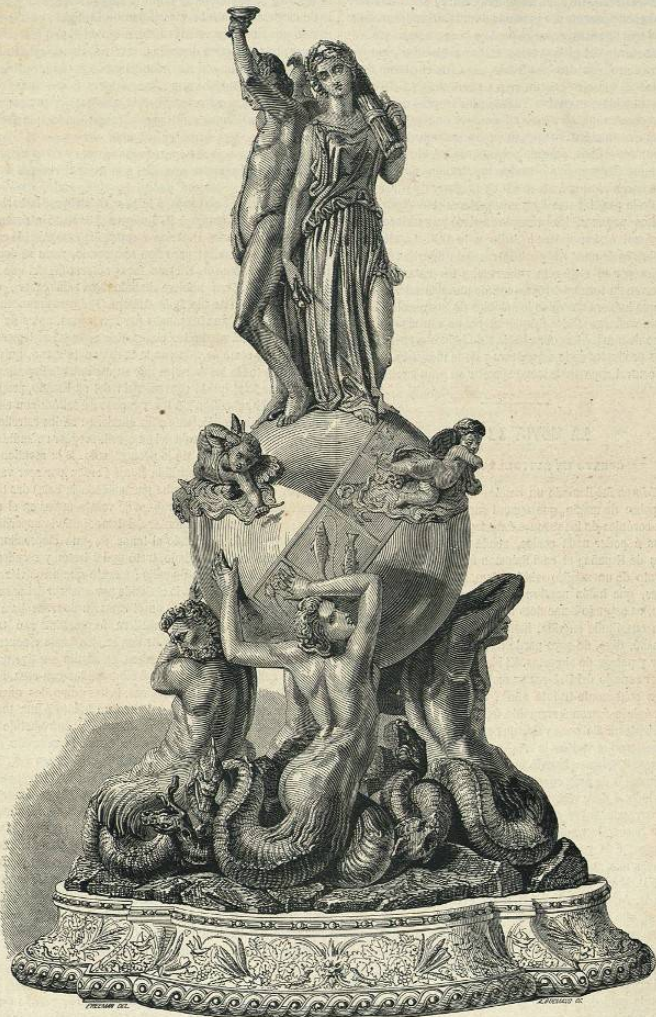
«Muchos convidados se reúnen entonces y elijen un rey por medio de la suerte, ó por el sufragio. El rey elije sus ministros, y enseguida se principia la fiesta que se prolonga muchos días, multiplicándose los festines hasta que se vacían los bolsillos y hasta que los acreedores se presentan.

En ciertas partes se guarda su parte a los ausentes a quienes se quiere, conservándosela con el mayor cuidado. La preocupación popular dice que si el pedazo de torta no se echa a perder, es que se halla bueno aquel a quien está destinado.

Regularmente se guarda tambien una porción para los pobres, que estos vienen a pedir luego cantando unas coplas.

En el siglo XVII los sacerdotes de San Sulpicio atacaron vivamente el uso de la torta de los reyes, si bien es cierto que ya mucho tiempo antes se habian demostrado los esce-

EXPOSICION DE 1850-54.—PLATERIA Y ESCULTURA.



Grupo de figuras cinceladas.—Modelos de M. J. J. FRECHESSE; cinceladuras hechas bajo la dirección de M. FROMENT MEURICE.

Esta hermosa obra alegórica recuerda el gusto y el estilo del renacimiento. Hé aquí su descripción: El globo terrestre rodeado oblicuamente por la banda dorada del zodiaco, tiene encima tres figuritas representando á Ceres, á Baco y á Venus. En torno del globo vuelan cuatro geniecillos uno con una lira, otro con dos antorchas, otro con el cuerno de la abundancia y el otro con un arco y sus flechas. La Tierra se halla sostenida por cuatro Titanes (dos troncos de mugeres y dos hombres que terminan en cuerpos de reptiles). Estos Titanes que también se apoyan en un montón de rocas representando el Caos, parecen personificar los Vicios y el Desorden que atormentan al mundo; los atributos de los cuatro genios hacen alusión á los males de la guerra y á los beneficios de la paz; las tres figuras superiores simbolizan según los mitos paganos, los principios activos y superiores de la naturaleza, ó si se quiere lo Bello y lo Útil. La altura de esta obra es de unos 81 centímetros. Las figuritas son muy notables por su elegancia y ligereza, y las frutas y pájaros que se ven en torno del zócalo son de una delicadeza de trabajo que hubiera merecido los elogios de Benvenuto Cellini.

Y sin embargo todos estos primores no son mas que «un alorno de mesa.» La obra había sido espuesta en 1849 entre los productos de la agricultura y de la industria, y el jurado central supo desde luego apreciar su gran mérito.

LA NOVIA DE ORO.

CUENTO EN CASTELLANO ANTIGUO.

Salomon fué llamado un conde, asaz rico en vasallos é asaz pobre de magín, que segund cuenta el Maestro Ferruz en su coronica de los varones famosos non conocidos, hobo tierras é poder nada cortos, acullá en las septentrionales partes de España; é qual Salomon fué muy mucho familiar é devoto de un magico sabidorisimo, timoroso de Dios é los condes, que habia nombre Babieca, así dicho con farta razon, ca seyendo home doto mas que otro ningun, non salió en cuasi toda su vida, luenga como de snegra ó simple, non salió, digo, de sayo pardo de gruesa filaza, casa de alquiler y potage de almortas. El bienaventurado Salomon casó, por consejo del Babieca su amigo, con doce mugeres arreo en soldemete treinta años; é todas las doce mugeres salomónicas fueron á maravilla fermosas é honestas, é ricas é placientes, é vivióles la cria, é falliesieron luego é la cria despues, é Salomon heredó en aquesta guisa una docena de padrimonios de gran cuantia; é catad á Salomon doce vegadas viudo, é doce vegadas mas rico ansimesmo que cuando era barragan, solo é señoro en el mundo. E como entendiera en buscar la tredécima desposanda, plático de boda con el mago, é le rogó atencadamente de facer trato con los planetas mas graves é ceñidos, como D. Junipero, D. Satorio, é D. Marcio, é con los celestes enahastados signos, á saber: D. Arias, D. Tahir é D. Capigorrionio, de le dejar una esposa que le cuidara en sus postimerias é le diese hijos que su potente señorio heredaran. Acusioso el mago, tomó á la hora sus cuadrantes é astrolabios é otras máquinas peregrinas para hablar con los astros por señas, é significóles el cristiano deseo del Conde, é respondióle las estrellas faciendo guñios, que alma podría el Conde haber sucesion felice para su casa; pero en casando que se casase, moriría de fijo, ca sus altezas los planetas é signos é toda la demás cámara lucida tenían por número razonable el de una do-

cena de novias para un solo novio, sin que la docena fués la del fralle. Amolinóse un tanto el adocenado Salomon con lo de morir si paladeaba mas el pan de la boda: ca discurrendo que sus doce veladas habian tan de súpito fenescido por ser altas é ilustres doncellas, revolvía en su caltre de se desposar al cabo con una mondonga de palacio, yolegre é rolliza, que semejava seer asaz vividera é mas que asaz encaescedora; seyendo empero reacia cosa finar á sabiendas, parecióle consejo mas sano seguir conde viudo que facer fuida condesa. Mas como en echando un conde el ojo á una moza, penoso el desviarlo dende le sea; é como agudamente dueña á cualquier principe non dejar herederos á su talante habidos; Salomon dando hí é tomando, cayó en cuenta un viernes en ayunos, á la hora de alfiarse la barba, de que D. Capigorrionio ó D. Junipero (llamado otramente D. Joven), D. Satorio, D. Arias é compañía amagábane con la muerte si se casaba; pero non se casando, nada se decía de *requiem æternam*. E como fuese notora fazata que el mismisimo D. Joven hobiese hijos sin casar, en Doña Blela, Doña Anade, Doña Guilopa (1) é otras mancebas que conosció en sus barzoneos por acá ayuso, antes de se encaramar acullá suso á las planetarias esferas; é temerario Salomon, como se viudo con la barba en la mano, quisóla facer á todas las estrellas que su casamiento impedían; é non catando al que la conveniencia del su Estado, propúsose de tener subcesion sin tener esposa; é salióse con ello, é no morió, nin dolióle una uña siquiera: ca las estrellas, como gente que non se sale del su carril, maguera ofendidas atovieronse á la letra de lo pronosticado. E la mondonga *Paronesca* (que así la apellida Maese Ferruz por seer vana á la par del pavon cuando ha mas poblada la cola); des que se cató con una gentilissima rapaza de veinte meses en el rezago, dejóse en mal hora tentar del demonio de la superbia: ceróse de boato é atenuo al temor de una emperadora, puso é quitó en el condatado, trató mal á baron y escudero, dama é labriega, vinda é pupilo; á tanto que otros viernes como el de marras, enojado el Conde por consejo del sesudo Babieca, entró de improviso en el camarín do trenzaba á la sazón la casi-condesa su cabellera formosissima; é tras el Conde fueron hy entrando de dos en dos hasta cincuenta monjas tocanegradas, é la abadesa en medio con tigura en mano, é cabe ella la sacristana é monaguillas con cruz, caldereta é guisapo, é dos madrelicas, bellas como dos querubines, con sendos azafates é dentro un hábito é una toca, un cilicio é una zurriaga, todo safumado y entremetido en flores, oliendo á gloria. E asiendo el Conde la ocasion por los cabellos (como diz socarronamente el Maestro Ferruz), asiendo pues de la stupidifadica mondonga por el trenzado, pisóle en las benditas manos de la perlada é fuese dende; é rodearon á la captiva las cincuenta sororas, cantándole é sermonándole muy buenas cosas é dentro un hábito é una toca, que pelada, zurriagada, ciliciada é de todo ponto monficada, levaronla en procesion á su monesterio, do en pocos dias, olvidada de lo que en vano rememrarie, dependió diestramente la manifiatura de las tortas y pan pintado, bollos, conservas é suplicaciones, seyendo luengos años sonada por ende, é fenesciendo en paz con renombre de una de las mas ejemplares é zarandacadas madres de la castra.

1 En este cuento se llama D. Satorio á Satorio; D. Junipero y D. Joven á Jupier; D. Marcio á Marte; á los signos Aries, Taurio y Capricornio se convierten en tres caballeros con los nombres de D. Arias, D. Tahir y D. Capigorrionio; finalmente de Leda, Europa y Danae se hace una doña Blela, una doña Guilopa y una doña Anade. Para extepear nombres mitológicos se pintaba solo el maestro Ferruz.

Rematado ya el cuento de la mondonga, que Dios ha de cierto consigo, vengamos á la hija, cuyos loores largamente relata en su coronica el Maestro Ferruz, que de seis á trece años le enseñó cuanto el sabia, é á los trece y medio ya sabia la rapaza mucho mas que el masee. Nacida en el día de San Carisimo, con tal nombre fué baptizada, nombre en ella dos vegadas significativo: ca notorio es que esta palabra de *carisima* vale tanto como *muy querida é muy costosa*; é la mochecha, como subcesora en el condatado, fuera muy *querida é deseada* del su padre antes aun de nacer, é fué muy *amada* en nasciendo, é fué muy *costosa* á su madre, é píddole ser á su padre, á malquistarse las estrellas con él por haberles fecho la barba: seyendo empero una cosa barbas é pelo, aplacáronse las iras celestes con la mollacion de la monja forzada; ca los arrojos de los principes nunca se pagan en propia sino en agena cabeza; de grandes é de pequeños satisfacer por los grandes. Como quier que fués, Carisima creció por sus dias andados gentil é donosa, traviesa é aguda, é señaladamente damisima en todo: nunca sufrió un vestido mas de una postura; dormía con guantes é con un polido tocado; en su vida sentó los piés fuera de alfombra, litera, silla de manos ó estribo. No alcanzaba muy grand estatura; faciala, sí, mas linda el ser pequeña; é talle cabia en los jemes: labios corralinos, dientes naceros, la color un tanto quebrada, cabello negro, abundoso é de lustre, los ojos negros, ansimesmo como de azabache, magier non grandes por demas, eran sobre manera graciosos é ballarines, que alzaban en vilo: habla era vulgar en toda España destonces, que mirada é remirada Carisima á la menuda, non dábase en ella parte ó falcion que fués de siyo acabada é perfecta; ayuntadas empero todas, armaban la fermosura mas apescebible que toparse pudiera. Aquí el Maestro Ferruz en descargo de su consciencia, declara é jura por el hábito de San Pedro que la medietad é un tantico mas de la genileza de la condesca iba ciertamente en el atavio precioso é atinado que usaba; ca tal cobdicia de galas habia la moza, é tan grandes algos despéndia en ellas, que á darle Salomon barro á mano. Los doce bien logrados heredamientos de las doce malogradas condesas non abastaran para su arreo, é destonce si que fuera para su padre *carisima*. Fuera ende, la rapaza salió discreta como una sierpe, dulce como una fórtola é alegre como un panderero, á tal que no se apartaba de su boca la risa, ca decía asaz bien á su cara. Así seyendo, dicho es que habria pretendientes de ambos: cual moceas á miel acudían principes, duques é varones á requerirla: ella con apacible faz oía los requiebros de todos, respondiales con falagueras razones que non la ponían en premia, é dejábales en obsequio suyo bofordar, tornear, dar é tomar buenos tumbos é tal cual espada, é gastar sus dineros por añadidura.

Vetado todo é facta la vista gorda el buen Salomon por consejo del bonisimo sabio; ca veyendo farto dudoso el que la Carisima heredase la ventura de heredar á doce maridos, cordura era comenzar por uno, rico por doce. Tan á manos llenas echaron los dielos la su bendicion á la hija de la Pavo-nesa, que á la par dos condes é un duque, perlustres y prepotentisimos, pretendieronla por muger á la fiza de la iglesia, sin se curar de que su madre non fuera velada: bien que Salomon hobiera la reconocido ante el su Consejo, é todo el condatado salomoniense recibidola é saludádola con vitores condesa futura.

Dias corrian, años pasaban, la Condesa llegaba á sazón; forzoso era meterla en estado. Un día que se habia adere-

zado con sus galas mejores, llámase á palacio al astrólogo: Babieca viene. ¿Con quién aparellamos esta paloma? dicele jubilosamente el padre. El conde Bolonio, el conde Espárrago y el duque Armatoeste sospiran por la mi única hija, ¿quién carga con ella?—Dicho lo habedes, respondió gravemente Babieca: fallo es inapeable de las estrellas, que solo sea marido de la gentil Carisima quien pueda llevarla en hombros desde este palacio á mi choza.—Catad, repuso el Conde, que la mancha non es grandemente rolliza é pesante, ni yaz lueño tampoco vuestra posada; levarán á tal farlo quanto los quieren, é non sabremos á quién endilgarlo.—Si pesa ó non pesa, tornó á decir malicioso el mago, decirnoslo han los que tomara deben á cuestras; vengán é prueben. A la hora fueron congregados los condes é mucha gente: echaron suertes, cupóle el primero el conde Bolonio forzado garzon é redondo como una bola; cogió á Carisima de la cintura, echóla al hombro como un haz de centeno, fué á dar un paso... ¡Sant Llorente non valga! el malaventurado Bolonio cayó al suelo fecho tortilla, salpicando de sangre á todos los y estantes en torno; en el punto erudo de posarse en sus hombros Carisima, convirtióse en estatua maciza de oro, é despachurróle con su desconamado pesadumbre, quedándose ella luego como si nada hy hobiera pasado. Así de ella el conde Espárrago, altísimo é derecho mancho, é morió estrujado ni mas ni menos que el conde gordo. El duque Armatoeste, alto é fornido como los otros dos é muy mas robusto, emprendió tambien con la aciaga novia: cargo é reventó con la carga. Espantados los demas condes é barones que non osaban pretender á Carisima sinon de lueño, fugieron dende cantar la gala á picaro el postre. La condesca, toda confusa é avergonzada, fuése á desandar sus galas sangrientas; cólerico el Conde cayó un rato si debería quemar vivo ó enforcar por lo menos al mago; mas habiendo costumbre de pedirle consejo en todo, sospechó que tal idea non le cuadrase mucho, é dejólo estar para mejor coyuntura. El doctor Babieca, solo queadante en la cámara condesil, rezó sendos rezos por los tres atorillados, é fués á yantar su escudilla de almortas.

E vedes aquí atorrotados los confines de España con la extraña noticia de la *Novia de oro*, cuendiente por do quier: sabrosa nueva para las damas á quien Carisima furto sus galanes, aceda para los que presumian el conquistar á Carisima, mirrosela para todos los al, que así á ver la ya terrible condesa acudían, como á anima tomada del otro mundo. Mirábanla é remirábanla, é placiales el tal é la cara, el vestir, el andar, el decir é reir de la moza; concomianse un tanto é luego santiguábanse é partían de carrera diciendo: «Novia que pese, puédesse sufrir, pesan todas: novia que aplaste; guarda! Carisima tan cara non la queremos.» El Conde que nunca pensara en desanchar los términos de sus tierras lidiando, pareciéndole mas facedera cos, los acrescentar con una boda á su interesse acomodada, cobró ira tan fuerte de ver incasable á su Carisima, que de buen grado la monficara como á la madre, tomando luego otra mondonga que otro heredero le diera; hobo empero de desecher el audaz propósito, sospechando seer ya tarde para le traer á felice cabo: é non acertando á desfogar su irracundia en la su hija y en Babieca, torció la inquina, como era justo hacía sus vasallos, pagando por todos los que mas á la mano estovieron; enforzó por ende gobernadores Pilatos, azotó Magdalenas encopetadas, encorrozó escribas, engaleró malsines, é fizo otras buenas justicias, que solo se logran cuando por la permission de Dios se accedan los condes; era el estado de Salomon una balsa de aceite; estornudaba él, é calambre-

gábase su corte. Carísima en tanto estrenaba una gala por día, non dándosele un figo de ir a la tumba con palma.

Pero otra cosa estaba de ayuso. Figurávos pues, amados leyentes de la mi leyenda, que un fermoso día de mayo, a la tardecita, monta a caballo la novia de oro (ca los caballos, como no habian de casar con ella, llevávanla a cuestras é non reventaban) é métese por un otero, é cae el caballo con la gínetá en un charco, é por poco la estruja, con no ser de oro. Cabalgaba en pos de ella un palafrenero mozo, que aquel propio día fué recibido en palacio; grítóle Carísima que la sacara de entre caballo é lodo é sesadamente respondió el palafrenero, que según la cartilla que leida le fuera en la misma mañana, tocabale á él solear al caballo, no empero levantar, ni tocar de sus manos á su ama, cá esto era privilegio del su caballero. « Si vos no me alzaredes, dijo jimiendo Carísima, non podré yo, cá por mi cuenta debo estar deslomada.—Veámoslo pues, repuso el remirado palafrenero; » é retallando rícientemente el látigo sobre el palafren é la dama cual si enderezarles quisiera un azote fierísimo, asustáronse al estridor é alzaronse entrambos. « Loado sea Dios, » prosiguió el mozo: Carísima, enojada por el susto, embistió á sacar al palafrenero los ojos; mas al reparar cuánto eran lindos, aquíetose de súbito é mandóle ir por las vecinas casas en busca de ropas con que mudar las suyas, todas encenagadas. Fué el palafrenero é tornó con una camisa de fino cáñamo é un jubón é saya de rica bayeta, que hóbese de vestir á falta de otras la Condesca: é al apearse el palafrenero para dar el hábito á su ama, acogiésele el caballo, é siguióle el de Carísima como buen compañero. Hételes á los dos á pie, solicos, lejos del palacio, é la noche que viene. Andan é callan al pronto, andan é departen despues é departiendo echa la Condesca de ver que el palafrenero Justino habla como un calonge, amén de ser bello como un angelon de retablo, é préndase sin mas del palafrenero. Mas el dolor de la caída molesta á la pobre moza, é cogeá; nótao Justino, é olvidando ya la cartilla palafreneresca, toma á Carísima en brazos para echársela al hombro. ¡Oh fuerza del amor poderosa! Carísima, que poco antes hobera sacado al Justino los ojos, grita como si la mataran, é pugna por abajarse cuando el palafrenero se la echa encima, tímorosa de tornarse de oro é atorillar al mancebo, el cual en efecto la deja. Disimulando pues el dolor, estorzándose á sonreír, magüer sin gana, prosiguió andando Carísima, é fizole contar su historia á Justino, é sopo que había madre vieja é dos hermanas que él mantenía; que en la su aldea fuera rey de gallos ocho carnestolendas arreo: que non fuera de otro igualado en el manejo del látigo, con el cual, sin daño le hacer, gobernaba á su gusto el potro que mas cocceba; é por fin, que dejado había en el pueblo una novia, con ánimo de no se casar mientras non pusiera en estado á las hermanicas é ganara para mantener honradamente á la vieja: Carísima lagrimeó bien de vegadas, oyendo la tierna relación del mancebo; é pidió á su amita perdon del susto; dióle ella á besar la mano: píusose el de finojos para besarla; quisole ella alzar; é al abajarse ella é levantarse él, tropezaron los labios de la moza con la frente del mozo, é oscularon hy mal su grado, con un buen coscorron, que les fizo percer de risa. La madre é las hermanicas fueron traídas é acomodadas en palacio al otro día.

No puede el amor absconderse: Carísima no vivía á gusto, salvo cuando plateaba con el palafrenero, rey antes de gallos; por él facia merced á cualquiera; para él solo se engalanaba. Nótao el padre, pesudó á la hija, confesó ella,

buscaron al mágico. — Padre Babieca, dijo Carísima, yo quisiera ser de Justino; pero non quisiera estrujarle.—Babieca amigo, díjole el Conde, mozo que tan gallardamente menea el látigo, paréceme cortado aposta para marido é para príncipe; otro yerno apeteceira yo; pero á este apetece mi fija, é yo non he asaz de brio para emparejar á ella é descabezar á él, como barrunto que convendría: pedid á los astros por esta vegada aborren al novio de cargar con la novia. — Imposible, respondió el frujaman de las estrellas: Justino ha de traer á Carísima desde su palacio hasta mi choza; pero en vez de tornarse de oro en tomándola acuestas, púdesse tornar de pluma, en vistiendo la saya gorda que Justino le trujo cuando se enlodó en el otero.—Farto me duele, repuso la vana Carísima, haberme de casar con vestido tan feo; pero cáseme yo á lo pobre, que yo me ataviaré luego á lo príncipe.—Mataredes á vuestro esposo, dijo Babieca: en tomando mas vuestras galas, ellas, mal grado vuestro, vos farán saltar sobre el triste Justino, trocada en oro, é será del lo que fué de los tres malaventurados. » Carísima gimió de lo hondo del alma; recobrandose, empero, dijo: « Tanto quiero á Justino, que porque á él no avenga daño por mi, aun tomaria un cilió á raíz de las carnes por toda mi vida: vestiré bayeta. » Lloró aquí el padre, lloró el mágico, bendijieron y besaron á la mochacha, é despidieronse fasta el día siguiente. Llegada Carísima á su aposento, juntó sus galas é sus dineros, é repartió todo entre los pobres, apartando un gran regalo para Babieca. Mal duermen las novias la noche antes del desposorio; Carísima durmió mejor que ninguna: sobre una buena acción, ¡ qué dulce es el sueño!

Amaneció, vistióse Carísima sin hacer dengues la honesta ropa, é ved; qué asombro! mas bízarra parecía con aquel pobre hábito, que con sus galas de costa inorme: ¡ qué mejor gala que amor é virtud! El cura, padrinos é testimios ya estaban en cas de Babieca; millarus de millarus de homes é fembras, en dos hileras contenidos por la guardia del Conde, facian calle del palacio á la choza: Justino andaba forastero é non sabia cosa: bajaron Salomon é Carísima á esperarle en la plaza de armas. Ya viene, ya llega: mirárame todos; inquietud aguda les embarga la voz; ningún resuello. Dice el Conde á Justino: « Toma en hombros tu novia... » Aquí gritan todos, amarillos de espanto. Adoraba Justino en Carísima, magüer nunca lo dijo: sabia que era muerto quien la alzara en hombros en guisa de amante; parecióle dulce muerte la que de ella viniara, y sin dudar un punto, echóla los brazos diciendo rolanente al alzarla: « Carísima, mirad por mi madre. » ¡ Qué pasmo! y ¡ qué gritería de júbilo cuando vieron que el feliz Justino, gallardeándose con la fermosa carga, mas leve que pluma, arrancó de carrera con la celeridad de quien va hacia la dicha! Poblóse de capas el suelo, dinchióse de bendiciones el aire. Recibieron las del clérigo los dos amantes, y Carísima, que fasta desonce fuera llamada la *Novia de Oro* por lo costosa, fué nombrada en adelante la *Esposa de Oro*, por su alto merecimiento, por su inestimable valía.

Remata su corónica el Maestro Ferruz con estas palabras: La mujer perlada por galas es la ruina de su marido: no le honra con ellas cuando le endeuda; y le escarnee é desdora. No ama á su esposo quien no cuida su hacienda: á tal desamor y descuido siguen muy de cerca lastimosas desgracias.

JUAN EUGENIO HARTZENBUCH.

DAVID TENIERS (EL JÓVEN).

Hay nombres que despiertan en la imaginación mundos enteros de cosas y de ideas, con tal precisión y claridad, que ni la vista material podría añadir nada á esta revelación. El de David Teniers el jóven es uno de estos nombres: todo el que ha visto uno de sus cuadros, conoce los Países Bajos y sus pueblos, trages y costumbres como si hubiese pasado en ellos una gran parte de su vida. Teniers en efecto, no ha omitido en sus lienzos nada de lo que tiene relación con los actos cotidianos de sus compatriotas; todo lo ha pintado

con una sencillez y una gracia inimitable; la sal cómica no le falta jamás; no puede darse un dibujo mas justo y expresivo que el suyo, y por último nadie supo dar nunca unos toques tan finos, acertados, brillantes y graciosos como los suyos. Donde sobre todo se presenta inimitable es en las escenas de taberna, y en los asuntos rústicos: su soltura y su calor de imaginación no tiene igual en los asuntos de los alquimistas y cuadros diabólicos, lo mismo que en las batallas, en los animales y en los cuadros de historia. Cuando toca á las cosas sagradas es también verdaderamente superior: en este caso sabe elevarse hasta la dignidad, hasta la nobleza.



La Kermesse flamenco.

Sin embargo debemos decir al mismo tiempo que ha pintado muy pocos cuadros de este género: el que fué vendido en Roma en 1844, cuando se sacó á pública subasta la galería del cardenal Fesch, es uno de los mas célebres: representa la *Coronación de espinas*, y no puede decirse que sea malo, pero no es de lo mejor de nuestro maestro. Volvamos, pues, al verdadero flamenco, al Teniers de las *Kermesses*, y de las *bodas de aldea*. Detengámonos un instante á examinar el grabado que damos hoy: la casa del tabernero y sus dependencias forman las cuatro quintas partes del horizonte; una estrecha lumbre á la izquierda deja ver las llanuras bajas y lisas de Flandes sembradas de hermosos grupos de árboles; el cielo tiene un color ceniciento claro, á causa de las nubes que apenas dejan ver un poco de azul por algunos lados. Este es ciertamente el cielo del norte. Ese sol no madura las uvas, apenas tiene fuerza para madurar el lúpulo. Esos tonos vacíos que se hallan en primer término como aquel en que está subido el índice de la fiesta, jamás han estado llenos de vino, nunca han tenido otra cosa mas que cerveza. Esos aldeanos que bañan, y conversan, no han gustado ja-

mas el rico vino, y por eso están de pié, su borrachera de cerveza no será nunca estrepitosa. Cuando ya pierden la cabeza imitan al hombre que se vé á la derecha vuelto contra la pared de la taberna: ademas este hombre se encuentra tan á menudo en los cuadros de David Teniers el jóven, que se le considera como una especie de firma de este maestro.

En otra ocasión daremos otros pormenores mas interesantes de David Teniers el jóven nacido en Amberes en 1610 y muerto en el mismo punto en 1690. J. J. ARNOUX.

MAGDALENA

POR

JULES SANDEAU.

(Véanse las páginas 166 y 169.)

Su educación lejos de haber estado descuidada, había adelantado lo bastante para que la jóven pudiese continuar por si misma, y aun concluiría si era necesario sin ayuda de nadie. Magdalena hablaba la lengua francesa con pureza y casi sin

acento. Como todas las alemanas había estudiado a fondo la música y lo que es mucho mejor, no abusaba de lo que sabía. El caballero y la marquesa la hacían cantar las tirolenses de su país, pero estos cánticos que á ellos les recordaban deliciosamente sus días de pobreza y de destierro, á ella le traían á la memoria cruelmente su madre y su patria ambas perdidas para siempre, y muchas veces los cantos de Magdalena se interrumpían con sus sollozos y sus amargas lágrimas. En cuanto á Mauricio, al cabo de una ó dos semanas, en cuyo tiempo se había creído obligado á hacer á su prima los honores del país apenas aparentó que notaba su presencia: tenía veinte años, con todo el ardor y las agitaciones de su edad, y por lo tanto otros cuidados le agitaban ya. Aquel joven había crecido en toda libertad, mimado por su padre y por la marquesa, que no conocían nada en este mundo tan hermoso y encantador como él. Su ayo le había enseñado un poco de griego y de latín, y al mismo tiempo M. de Valtravers, que conservaba siempre la manía de esculpir maderas, le había iniciado en el culto de su arte. El buen anciano lloraba de orgullo y de alegría, cuando veía á su hijo con la sierra y el cepillo en las manos prometiendo el ser mas aventajado que su padre. Mauricio, por su parte iba tomando gusto en apariencia, á aquel inofensivo pasatiempo, cuando un día hubo de preguntarse, por desgracia, si además del caballero, la marquesa y las esculturas de madera, no habría por ventura algo ignorado de él en este mundo. Al hacerse esta pregunta indiscreta, hija de la turbulencia de la juventud, la respuesta no se hizo esperar mucho: la misma juventud le respondió.

Hay naturalezas tiernas y poéticas veladas en su infancia con una densa niebla, y hay otras por el contrario mas vivas y enérgicas, que en la aurora de la vida se despiertan abrasadas ya con todos los ardores del mediodía. En aquellas, la primera turbación de los sentidos se revela sin explosión ninguna, manifestándose por medio de lánguidas tristezas; en estas la misma causa, produce agitaciones tumultuosas y grandes violencias. Mauricio participaba á la vez de ambas naturalezas. Alternativamente se veía triste, preocupado, y luego de repente, estaba sobrecojido de ardores sin nombre y sin objeto, impetuoso hasta encolerizado y sin saber que hacer de la energía salvaje que le consumía, aunque no por esto dejaba de seguir siempre tan afectuoso como antes para su anciano padre y tan lleno de gracia con su anciana amiga, preguntándose únicamente con una irritación contenida, si su existencia debía pasar eternamente de aquel modo trabajando el ébano y la encina, y oyendo por la noche á la chimenea las interminables narraciones de los tiempos de la emigración. Para matar las horas, cazaba sin cesar, corría por las cercanías y reventaba de cuando en cuando los caballos.

En lo mas fuerte de la explosión fué cuando sobrevino Magdalena. Ya puede suponerse la importancia que hubo de tener en aquel momento en el destino de aquel joven, la aparición de una joven de catorce años, tímida, silenciosa, sin demasiada gracia ni belleza. Mauricio se ocupó de ella casi tanto como si nunca hubiera salido de Munich. Al amanecer se marchaba para no volver á entrar sino por la noche, y aun á veces pasaba una semana entera ya en la ciudad vecina ó ya en algun palacio de las cercanías. Si descubría por la mañana á Magdalena que estaba en su ventana, la daba los buenos días y nada mas, y en las comidas, solía dirigirla de cuando en cuando alguna palabra insignificante, y sin mirarla. Cuando Magdalena cantaba sus canciones tirolenses, como esto era para el caballero y la marquesa una ocasión que aprovechaban siempre de hablar de Nuremberg,

de las miniaturas y de los casca-nueces, Mauricio que ya sabía todo esto de memoria, en cuanto oía la primera nota se auscultaba. Sin embargo una noche que estaba junto á ella, no pudo ménos de notar el lujo de su cabellera, que era en efecto de una rara magnificencia. Mauricio hizo su observación en alta voz, levantando con mano familiar la hermosa masa de rubios y finísimos cabellos de Magdalena. La pobre niña se hallaba tan poco acostumbrada á servir de objeto á las atenciones de su primo que enrojeció al punto; mas cuando quiso manifestar su gratitud por medio de una sonrisa cariñosa, ya Mauricio temiendo una tirolera, había huido. Otra vez, á la vuelta de la caza, el joven la ofreció un faisán que había arrancado vivo de los dientes de uno de sus perros.

— Cómo! primo mio, con que pensais en mi algunas veces? preguntó la joven comovida, pero Mauricio había vuelto al instante los talones, y no es porque sintiera ningun disgusto con la presencia de la huérfana bajo el techo paterno, lejos de eso: si Mauricio tenía todos los ardores de su edad tambien poseía todos los generosos instintos y su nobleza. Jamas se le había ocurrido el pensar la parte que podría tener un día Magdalena en el testamento del caballero. Mauricio estaba dispuesto á partir con su prima como con una hermana, y si no se mostraba con ella mas tierno y asiduo, era únicamente porque Magdalena había olvidado venir al mundo quince ó veinte meses mas pronto.

La marquesa y el caballero no dejaron de notar desde luego el repentino cambio que acababa de hacerse en los hábitos de aquel Mauricio, á quien habían visto hasta entonces con gustos tan sencillos y con humor tan fácil: ambos lo sentían, aunque sin comprender la causa. Ambos habían sido jóvenes en un tiempo en que la juventud se gastó en menudas distracciones, en frivolidades elegantes, sin sospechar siquiera ese sordo malestar y ese profundo enojo que mas tarde debían ser el suplicio y martirio de una generación entera. A pesar de haber sido educado en el retiro, Mauricio había experimentado, sin saberlo, el influjo de las ideas nuevas. Las ideas son fuerzas nuevas mezcladas al aire que respiramos; el viento las esparce y las siembra en todos los puntos del horizonte, y hágase lo que se quiera para evitar esas invisibles corrientes, por lejos que se esté, siempre los jóvenes se penetran y se impregnan de ellas. Lo que sorprendía muchísimo al caballero y á la marquesa, era, no esa actividad devorante que ellos se explicaban naturalmente por el calor de la sangre y por el ímpetu de la edad, sino la negra melancolía en que se abismaban casi siempre todos esos ardores y estravíos. Cómo podían comprender en efecto la enfermedad de una época, en que la alegría desterrada de las almas de veinte años, no se hallaba ya sino bajo las capas de los ancianos? A fuerza de profundizar la cuestion, y de concertarse entre sí, llegaron sin embargo á reconocer que la existencia que hasta entonces había llevado Mauricio, no era nada fecunda ni divertida, y que á pesar del incomparable encanto de la escultura de madera, no debía ser extraño que su joven corazón no se hubiese absorbido en esta ocupación todo entero. Esta era la opinion de la marquesa; el caballero acabó por participar de ella. Qué se debía hacer para remediarlo? Primeramente se habló de un matrimonio, pero esto era en verdad un poco violento. Además la marquesa observó con razon, que nadie se casaba ya cuando tenía veinte años, y que al revés de lo que se practicaba antiguamente, el matrimonio mas que un principio, era considerado un fin. Por último, al cabo de maduras reflexiones, se decidió que se enviara á Mauricio á correr mundo por

dos ó tres años, á Paris primero, y luego á Alemania ó á Italia, á fin de completar su educación con el conocimiento profundo de los hombres y de las cosas.

Algun tiempo despues, una noche de otoño, un año justo de la venida de Magdalena, el caballero, su hijo y la marquesa se hallaban reunidos en el palacio de Valtravers. El caballo que debía conducir á Alberto á la ciudad vecina, por donde pasaba el correo, se hallaba á la puerta ensillado y dispuesto. Era el momento de la despedida, momento triste y siempre solemne, aun en aquellas ocasiones en que no se trata de una separación dolorosa y eterna. El caballero estaba profundamente comovido, la marquesa quería disimular sus emociones, y el mismo Mauricio cuando su anciano padre le abrió los brazos se arrojó en ellos desecho en lágrimas como si le abrazase por la postrera vez. Madame de Fresnes le estrechó cariñosamente sobre su corazón, y por último, todos los criados de la casa, y sobre todo aquellos que le vieron nacer, le abrazaron con el amor de padres.

El tiempo iba pasando, y Mauricio debió soltarse de aquellos brazos. Solo en el último instante, cuando iba á meter ya el pié en el estribo fué cuando se acordó de Magdalena: la buscó con los ojos, y sorprendido de no verla, estaba ya para llamarla, cuando la dijeron que la joven había salido hacia algunas horas, y no había entrado de vuelta en el palacio. Despues de haber repartido en torno suyo algunas palabras afectuosas dirigidas á su prima, echó á andar con su caballo, aunque no sin volverse muchas veces para saludar una vez mas con ademan enternecido á todos aquellos que le iban siguiendo con los ojos. Llegado á la verja del parque, titubeó un instante como un águila joven al borde de su nido antes de lanzarse en el espacio. Mauricio se acordó de los felices días que había pasado allí, á la sombra de aquel lindo palacio, entre los cuidados de la marquesa, y la ternura de su anciano padre: creyó ver á través de las hojas el grandioso fantasma de su adolescencia que le miraba con tristeza y le tendía los brazos; creyó oír tiernas voces que le decían: « Adonde vas, ingrato? Su corazón desfalleció y sus ojos se llenaron de lágrimas, pero cediendo á su destino, se arrojó en el bosque, que debía conducirle á la ciudad cercana.

Al cabo de una rápida carrera, en aquel mismo punto donde la habían encontrado un año antes, en el mismo día y en la misma hora, Mauricio descubrió á Magdalena sentada y meditando. Como el año pasado, la huérfana no había oído el ruido del galope sobre el musgo: al levantar los ojos, vió á su primo que la miraba. Era el mismo marco con el mismo cuadro. Nada estaba cambiado; solamente en vez de una niña delgada y enfermiza, sin belleza y casi sin gracia, tenia en frente de sí una hermosa figura, á cuyo derredor principiaba á revolotear el dorado enjambre de los sueños de la juventud. No era todavía la flor nacida, sino el capullo que asomaba ya; no era la aurora aun, pero sí el alba que se aclaraba, y la naturaleza, próxima á despertarse, se estrechaba á las primeras sonrisas de la mañana. Mauricio que se había apeado del caballo, se apresuró á abrazar á su prima y á decirle adios, y luego volviendo á montar, prosiguió su camino, sin pensar que dejaba atras su felicidad.

Cuando desapareció en un recodo de la calle de árboles, Magdalena tomó de nuevo el camino del palacio. Al entrar en la sala, vió al caballero sentado al lado de su desierta chimenea; la joven se apoyó tristemente en el respaldo del sillón del anciano y permaneció algunos instantes contemplando en silencio.

— Padre mio, le dijo al fin, inclinando sobre él su rubia cabeza, padre mio, os queda aun vuestra hija.

El caballero se sonrió y la estrechó tiernamente sobre su corazón.

IV.

Despues de la marcha de Mauricio, Magdalena era en Valtravers la única alegría. Ella fué quien animó un poco aquella casa sombría y silenciosa en la ausencia del joven. Como una joven Antígona prodigó mil cuidados tiernos y esquisitos á su anciano tío, y supo para distraerle, olvidarse á sí misma, y transformar su gravedad natural en una serenidad risueña. Magdalena le acompañaba en todas sus escursiones, estaba junto á él cuando trabajaba en su taller, le leía en alta voz los periódicos, hacia repetir mil veces la sabida historia de la emigración, y por último, no dejaba nunca de estasiarse, al ver las innumerables esculturas con que aquel infatigable artista adornaba todos los rincones de su palacio. Al mismo tiempo, era tambien la hija adorada de la marquesa que le enseñaba la pintura, y se complacía en favorecer en ella el desarrollo de su naturaleza encantadora. Tres años despues de su llegada, Magdalena era una buena y hermosa criatura, aunque no se hallaba dotada de esa hermosura cumplida y convencional de todas las heroínas de los novelistas y poetas. Ni grande ni pequeña, su cintura no podía decirse que era flexible como un junco. Un crítico celoso de la parte plástica del arte, habría hallado algo que decir acerca del óvalo de su rostro. Sus cabellos, que se habían oscurecido un poco, no hubieran podido compararse ni al ébano ni al oro; si su piel tenia esa pálida blancura de las camelias que desafía los rigores del sol y del aire, los ojos no eran de un azul bien claro y determinado; por último si los dientes, que parecían las perlas de un collar, tenían el limpio brillo del nácar, la boca, era sin duda un poco grande, y la línea de la nariz, no tenia nada de comun con la nariz recta de las razas reales.

Sin embargo la fisonomía y la persona toda formaban un suave conjunto en el cual las imperfecciones de detalle se perdían y se armonizaban de tal modo, que cada una de estas se cambiaba en un encanto mas, ó en una nueva seducción. Por mi parte confieso que me gustan esas hermosuras menos correctas que simpáticas que se ven con el corazón antes que con los ojos, y que sin tener nada de lo que fascina y deslumbrá á primera vista, se hallan siempre dispuestas á revelar á aquel que sabe comprenderlas, alguna gracia imprevista ó algun encanto nuevo. Aunque Magdalena se hallaba siempre ocupada en sus cosas domésticas, la prudencia y la razon precoz que manifestaba en ellas, no excluía la distracción ni la poesía, ni aun ciertas inclinaciones novelescas que heredó á la vez de su madre, de la Alemania y de Dios. En una palabra, Magdalena era una joven muy agradable, en toda la flor de la juventud y de la salud, una naturaleza bien desarrollada, esparciendo silenciosamente en su derredor la felicidad, la vida y el movimiento.

Fácilmente se puede concebir la actitud de Magdalena entre la marquesa y el caballero: era la sonrisa de su vejez y como un dulce rayo que iluminaba el fin de sus días. Mezcladas y confundidas estas tres existencias corrían lentas y apacibles, lo que por desgracia no debía durar mucho tiempo.

Las cartas de Mauricio habían llegado en un principio llenas de encanto y de poesía, frescas y perfumadas como otros tantos ramilletes cogidos entre el rocío de los campos. Así se escribe en esa edad feliz que se marcha demasiado pronto. En las pálidas horas en que la vida principia á declinar ya,